No menospreciemos a nadie, Dios ama a todos

LA HISTORIA DEL ENCUENTRO entre Jesús y la mujer samaritana contiene una gran lección para todos nosotros en lo que respecta a la evangelización. A veces tendemos a querer elegir quién debe recibir la salvación, pero en su omnisciencia, Dios no nos ha dado esa prerrogativa.

Este es un excelente ejemplo de lo que debemos hacer para cumplir la misión que se nos ha encomendado. Aunque a todos nos encantan las grandes reuniones, con un predicador excepcional, en las que vemos a muchas almas entregarse a Cristo, no debemos olvidar ni descuidar el estudio bíblico individual. Así lo ilustra Jesús al ir más allá de las tradiciones de su época. A los judíos les estaba prohibido hablar con los samaritanos, y mucho menos con una mujer samaritana. Jesús llegó incluso a pedirle un favor a esa mujer, despreciada no solo por los judíos, sino también por su propio pueblo; por eso se encontró con ella en ese momento junto al pozo. La gente no acudía al pozo al mediodía porque hacía demasiado calor y prefería quedarse en casa. Esta mujer sabía que era el mejor momento para ella y así evitar las miradas y actitudes despectivas.

Pues bien, ese momento ideal le brindó la mejor oportunidad para conocer a la mejor persona del universo: a Jesucristo, el Hijo de Dios. Elena G. de White nos cuenta, con su pluma inspirada:

«Mientras la mujer hablaba con Jesús, le impresionaron sus palabras. Nunca había oído expresar sentimientos así por parte de los sacerdotes de su pueblo o de los judíos. Al serle revelada su vida pasada, había llegado a sentir su gran necesidad. Comprendió la sed de su alma, que las aguas del pozo de Sicar no podrían nunca satisfacer. Nada de todo lo que había conocido antes le había hecho sentir así su gran necesidad. Jesús la había convencido de que leía los secretos de su vida; sin embargo, se daba cuenta de que era un amigo que la compadecía y la amaba. Aunque la misma pureza de su presencia condenaba el pecado de ella, no había pronunciado acusación alguna, sino que le había hablado de su gracia, que podía renovar el alma» (*El Deseado de todas las gentes,* cap. 19, p. 166).

Durante dos semanas celebré una serie de reuniones y me alegró ver que cada noche acudían nuevos visitantes. Quedaron muy impresionados por los temas que se trataron, pero, por diversas razones, no se decidían por el bautismo, salvo un hombre del que nadie se lo esperaba debido a su estado físico.

Cuando lo visitamos en su casa, nos sorprendió ver que nos reconoció a todos. Entonces le pregunté por qué quería bautizarse. Nos dijo claramente: «Quiero seguir a Jesús». Repasamos con él los votos bautismales y fue bautizado para la gloria de Dios.

No menospreciemos a nadie, pues Dios ama a todos por igual. Leemos de nuevo en los escritos de Elena G. de White:

«Nuestro Redentor anhela que se le reconozca. Tiene hambre de la simpatía y el amor de aquellos a quienes compró con su propia sangre. Anhela con ternura inefable que vengan a él y tengan vida. Así como una madre espera la sonrisa de reconocimiento de su hijito, que le indica la aparición de la inteligencia, así Cristo espera la expresión de amor agradecido que demuestra que la vida espiritual se inició en el alma» (*Ibid.*, p. 167).

En conclusión, Jesús es el ejemplo supremo de cuán eficaz puede ser el evangelismo personal y de los excelentes resultados que puede producir. No podemos descuidarlo. A medida que nos acercamos al final de los tiempos, su importancia resultará más que evidente.

Pr. Hilary Lucea
Unión de las Antillas y la Guayana Francesa